

ESCENA V.

DICHOS, GIGIA, MICALSKI con un lío.

- Mic.* ¡Hola!
- Hein.* (Haciendo signo de callarse.) Chisst...
- Viej.* [Amenazando con el puño.] ¡Buenas cabezas son ustedes! ¡Fuera!
- Gigia* (Sentándose.) Está bastante fresca la mañana.
- Mic.* (Se sienta y desenvuelve una botella.) Te traigo esto, suegro. ¡Cosa exquisita! Ve á traer el tirabuzón!
- Hein.* Eso será otra vez... ¿No ven ustedes que ahora debemos decirles que se vayan?
- Gigia* ¿De orden de quién?
- Hein.* De Roberto!
- Gigia* Cómo! En su propia casa hay quien mande más que ustedes?
- Viej.* (Bajo.) Chisst..... está ahí en el cuartito.
- Gigia* (Con lástima.) ¡Pobre papá. Tiembla de miedo....
- Mic.* Imponer miedo á estos buenos ancianos... ¡Vaya un facineroso!
- Hein.* No es un facineroso: es un buen hijo que cuida de nosotros.
- Viej.* Y tanto que quiere llevarnos á la India.
- Gig. y Mic.* ¿Qué? ¿A dónde?
- Hein.* A la India.
- Gigia* ¿Y por qué?
- Hein.* Pues... porque Alma quería ir al baile de máscaras.
- Mic.* Está loco!
- Hein.* Abandonar miserablemente estos pocos muebles que han alegrado tanto nuestra casa....
- Gigia* (Sentimental.) Y abandonarme también.. ¡pobrecita de mí!—¿Los venderán ustedes?
- Hein.* ¿Los muebles? Es natural.

- Gigia* ¿También el espejo y los sillones? (La madre conmovida afirma con la cabeza.) Yo, en lugar de ustedes los dejaría como recuerdo á la hija que se queda, en vez de malbaratarlos por un pedazo de pan. Así, al menos, sabría que contaba con agradecimiento.
- Hein.* (Al viejo, mirando desconfiadamente á su hija de arriba á abajo.) ¿La oyes? Quiere ya nuestros sillones!
- Gigia* [Cambiando de táctica.] O si más bien quieren venderlos, siempre nosotros ofreceremos mayor precio, para que queden en familia.
- Viej.* Pero por ahora estamos aquí todavía.
- Mic.* Yo, en lugar de ustedes.....
- Hein.* ¿Qué hemos de hacer? Ahora dependemos absolutamente de él. Tenemos que hacer lo que él quiera; de lo contrario, quedaríamos pesando sobre ustedes,
- Gigia* ¡Bravo! Cuando ni para comer nosotros tenemos. [Llaman.]

ESCENA VI.

DICHOS, el COMENDADOR MÜLLING, á cuya llegada todos quedan sorprendidos.

- Müll.* Salud, buena gente. ¿Está aquí vuestro hijo?
- Viej.* (Inclinándose.) Ah, sí, señor.
- Hein.* (Abriendo la puerta respectiva.) Roberto! [Tiernamente.] ¡Jesús! Si se durmió sentado. Debeis saber que no ha cerrado los ojos en toda la noche. Querido Roberto, el señor Comendador... Duerme profundamente.
- Müll* [Bonachonamente.] Tanto mejor: no lo despertemos.
- Viej.* Cierra la puerta.
- Hein.* Es que él nos había dicho....

- Viej.* Ha dicho: "si viene el joven señor Mülling." (*Cierra.*)
- Gig.* (*A su esposo, haciendo seña de quien cuenta dinero.*) Atención.
- Müll.* [*Que ha mirado hacia todos lados.*] Hay aquí apariencias de comodidad.
- Viej.* [*Con énfasis.*] Nos favoreceis, señor Comendador. [*Ofreciéndole asiento.*] Aquí, en el sillón.
- Müll.* ¡Hola! ¡hola! Seda tenemos.
- Hein.* Cierto. Pura seda.
- Müll.* Un estimado regalo. ¿No es cierto?
- Hein.* [*Vacilando.*] Sí... Como quien dice...
- Müll.* (*Como distraído.*) ¿De mi hijo?
- Viej.* Seguramente.
- Hein.* [*Bajo al marido.*] Chisst... (*Tapándole la boca.*)
- Müll.* (*Ap.*) Bribón, (*Alto.*) A propósito, vuestro hijo no ha procedido muy convenientemente para con el mío. Con franqueza, esperaba de él muy distintas muestras de gratitud. Podeis comunicarle que queda libre, y que á eso de las cuatro aguardo sus cuentas.
- Hein.* Va á tener un verdadero pesar.
- Viej.* Sí, porque quiere como á un padre al señor Comendador.
- Müll.* ¡Ah! ¿sí? me alegro de ello! Pero yo no venía á esto, buenas gentes. ¿Teneis una hija?
- Gig.* (*Adelantándose.*) A vuestras órdenes.
- Müll.* ¿Qué cosa quereis vos?
- Gig.* (*Obsequiosa.*) Soy yo la hija.
- Müll.* ¿De veras? ¡Bravo, bravo! Pero no creo referirme á vos: la señorita se llama Alma.
- Hein.* Justamente; y no miento al asegurar que es una guapa chica.
- Viej.* Y de mucho talento. Ahora estudia el canto.
- Müll.* ¡Oh! siempre satisface oír que los hijos pro-

- porcionan consuelos á sus padres. Lo único que no me agrada es que vuestra querida hija se haya valido de la hospitalidad que hace diez y siete años os doy en mi casa, para entrar en relaciones amorosas con mi hijo. Francamente, no lo hubiera esperado.
- Hein.* Pero, señor Comendador...
- Müll.* Deseo que se rompa toda relación entre vuestra casa y la mía y por vía de compensación os ofrezco una suma que el buen señor Heineke dividirá con su hija Alma, de suerte que la mitad le toque á ella, en calidad de dote, el día en que encuentre algún hombre que... (*Sonriendo.*) que quiera hacerla su esposa. Creo que me comprendeis. Hasta ese día los frutos dotales serán vuestros. ¿Estamos conformes?
- Gig.* [*Bajo á espaldas de su padre.*] Dí, dí que sí...
- Viej.* Yo... yo...
- Müll.* He calculado una suma extraordinariamente alta á fin de rescatar una promesa inconsiderada que vuestro hijo ha sabido arrancar al mío. Asciede la cantidad á... (*Dudando.*) á cincuenta mil marcos.
- Viej.* (*Grito de sorpresa.*) ¡Jesús!... Señor Comendador... ¿hablais seriamente?
- Hein.* Yo me siento mala... (*Cae sobre una silla. Gigia acude á socorrerla.*)
- Müll.* [*Para sí*] He tasado un poco alto. (*Alto.*) Conque, os pregunto de nuevo, si quedaríais contentos con cuarenta mil marcos?
- Mic.* Me parece que se había dicho...
- Gig.* (*Bajo á su padre.*) Dí que sí pronto; si no, baja más.
- Viej.* No puedo creerlo, señor Comendador. Cuarenta mil marcos... Tanto dinero para nosotros. Son bromas; lo veo bien claro.

- Müll.* Os daré un cheque para que lo cobreis en mi caja.
- Viej.* Y el señor cajero ¿no dirá: pongan en la puerta á ese viejo necio? ¡Oh! es muy duro con las pobres gentes como nosotros el señor cajero.
- Müll.* (Saca un libro de cheques, escribe una cifra, desprende la hoja y la da al viejo. Todos observan atentamente.) Helo aquí.
- Viej.* Cuarenta mil. Es mucha generosidad, señor Comendador. Vuestra mano...
- Müll.* (Metiendo la mano en el bolsillo del paletot.) Una palabra aún. Mañana por la tarde deben ser cambiados de aquí vuestros muebles; en dos horas me hareis el favor de dejar mi casa, y después no volveré á oír hablar de vosotros.
- Viej.* No hay más que decir, señor Comendador, no hay más que decir... Si es que la visita de un viejo honrado no es molesta, me proporcionaré de tarde en tarde ese placer. Es bien sabido que yo soy un buen viejo.
- Müll.* Sí, sí, es natural. Adiós, buena gente. (Aparte al salir.) ¡Bellacos! (Vase.)
- Viej.* ¡Esposa mía: cuarenta mil... [Micalski trata de abrazarlo.] ¡Dos dedos más léjos, hijo mio! (Busca en el bolsillo, saca un pañuelo, lo extiende sobre las rodillas, pone en medio el cheque, lo envuelve con cuidado y se lo mete en la bolsa de pecho.) Así. Ahora te permito abrazarme.
- Hein.* Me voy á enfermar de alegría. (Se abrazan llorando.) Cuando pienso que ya no iré á la compra sin dinero; que si tengo frío podré encender un gran fuego por la tarde en la estufa, sin pensar en el gasto; y que podremos comer carne...

- Viej.* Y yo podré pasear en el tranvía cuanto quiera.
- Mic.* Eso: cuatrocientas mil carreras á diez *fenics* cada una.
- Hein.* Y me compraré el sofá.
- Gig.* Ahora ya no irán ustedes á la India.
- Hein.* } Qué habíamos de ir!
- Viej.* } Estás loca.
- Gig.* ¿Y que dirá su señoría el caballero Roberto?
- Hein.* (Alegre.) Ah! Roberto! (Yendo hacia la habitación.)
- Gig.* (Deteniéndola) Te aconsejo que lo dejes dormir. Cuanto más tarde lo sepa, mejor.
- Hein.* (Asustada.) ¿Qué quieres decir?
- Viej.* (Tirando del vestido á su mujer y señalando la puerta de la cocina.) Oye, ¿y aquella pobrecita que está allí?
- Hein.* ¡Oh! mi querida niña.....
- Viej.* [Con misterio.] Démosle una sorpresa, chissst. (En silencio y de puntillas van todos hacia la cocina. El viejo, que les precede, empuja la puerta; se oye un grito; el viejo retrocede.) Mujer, ¿qué es eso ahora?
- Hein.* (Con las manos en la cabeza.) ¡Jesús de mi alma!
- Mic.* (Viendo por sobre la espalda de los otros.) ¡Caracoles!
- Viej.* (Con fingida seriedad á Alma.) Vamos, ven aquí luego.
- Alma.* (Dentro.) ¡Oh! por favor, déjenme ustedes.
- Viej.* Ven pronto, te digo.

ESCENA VII

DICHOS, ALMA. Esta vestida á la indiana, oculta el rostro avergonzada; todos ríen por lo bajo, lanzando exclamaciones de admiración y la rodean)

- Gig.* (Tocando la tela.) La tela es india.
- Mic.* De la princesa que se quedó desnuda.

- Alma* Solamente... quise probármelo. (*Con temor.*)
Me lo quitaré luego.
- Hein.* [*Acariciándola.*] ¡Oh, Dios mío, parece un angelito!
- Alma* Luego, no están enojados conmigo?
- Viej.* Enojados. Pero queremos perdonarte. [*A los demás.*] ¡Qué dicen ustedes, eh?
- Hein.* (*Acariciándole los cabellos la conduce á la derecha.*) Ven, ven á sentarte. [*Alma va á sentarse.*] No, aquí en el sillón.
- Alma* En el sí... ¡pero qué ha sucedido?
- Viej.* ¡Jé, jé! (*Todos la rodean alegres y se sientan*)
- Alma* Entonces... ¿podré ir al baile esta noche?
- Viej.* Sí, podrás ir al baile.
- Gig.* (*Irónica.*) ¡Pobre chiquilla!
- Viej.* (*Levantándose.*) Pero ahora debo ir pronto á la caja.
- Mic.* (*Destapando la botella.*) Espera. Una buena fortuna debe remojarse para que dure. Alma, ve á traer unas copitas.
- Hein.* (*Levantándose.*) Déjala sentada, pobrecita, yo iré. (*Va al armario y saca un servicio de licores. Aparte á Gigia.*) ¿Qué decías hace poco de Roberto?
- Gig.* Ya lo verás.
- Hein.* No puede ser que envidie la fortuna de sus pobres padres.
- Mic.* [*Canta con la música del coro de I MASNADIERI, alzando la copa.*] "Beviam del vino, beviam."
- Hein.* Silencio, por favor. (*Se oye en la habitación de Roberto el ruido de una silla derribada.*)
- Mic.* Señores: os invito á beber á la salud de la señorita Alma, nuestra buena Hada, y á la prosperidad de la casa que siempre se ha mostrado generosa. ¡Viva la casa Mülling!
- Todos* ¡Vival

ESCENA VIII.

- DICHOS, ROBERTO que á las últimas palabras aparece en la puerta.
- Hein.* (*Asustada.*) ¡Ya está aquí! (*Silencio y embarazo general.*)
- Mic.* (*Con insolencia.*) Salud, cuñado.
- Rob.* ¿Quieres explicarme, madre mía, cómo es que estas dos personas se encuentran en nuestra casa?
- Mic.* Oh! oh!
- Viej.* Vaya, no seas tan caviloso.
- Hein.* (*Acercándose á Roberto.*) Roberto mío, no debe uno ser tan soberbio, y mucho menos contra la propia familia.
- Rob.* Hum... Alma, ¿qué es esto? ¿Quién te ha permitido...?
- Viej.* Sábelo de una vez: no cuentes con que yo vaya á la India. Prefiero disfrutar de mi fortuna en Alemania.
- Rob.* (*Sorprendido.*) ¿Pero qué ha pasado aquí?
- Hein.* Habla tú, Heineke, á tí te han dado el papel.
- Rob.* ¿Qué papel?
- Viej.* (*Reposadamente.*) Hijo mío: muchas veces no se conoce por el aspecto la importancia del individuo; la lleva, como quien dice, por dentro. Por lo mismo hay que tratarle con miramiento, porque no se puede saber lo que haya oculto bajo un traje modesto. Yo no tengo abrigos de castor, pero... quién sabe...
- Rob.* ¿Me explicarás al fin...?
- Viej.* No, no hay mucho que explicar. No me veas de ese modo. ¿Sabes tú, por qué me ve así, mujer? Ahora ya no tengo necesidad de sufrirte.

- Hein.* Pero explícale, entonces....
Viej. Entonces, como tú dices, es muy sencillo: El señor Comendador ha estado aquí.
Rob. ¿El? ¿Y por qué no me han llamado ustedes?
Viej. En primer lugar, porque no era el joven señor Mülling; cuando venga tu amigo podrás recibirlo tú. El viejo señor Mülling es mi amigo: hemos quedado en visitarnos mañana ó pasado. En segundo lugar, porque yo ya no dejo que me mande mi hijo, ¿eh? has entendido?
Hein. Pero, Heineke...
Viej. No me interrumpas cuando dirijo amonestaciones paternales á mi hijo. Ahora no permito más que se juegue conmigo.
Mic. (Al viejo aparte.) ¡Bravo! así vamos bien.
Rob. ¿Se ha hablado de Alma?
Viej. Primero se ha hablado de tí. Estás despedido de tu empleo... por tu conducta inconveniente... Con franqueza: me hubiera esperado de tí otra recompensa.
Rob. ¿Tú?
Viej. [Severo.] Sí, yo; tu viejo y honrado padre! No me gusta que mis hijos vaguen por el mundo como empleadillos cesantes. Y á las cuatro de la tarde tienes que ir á entregar cuentas, si no quieres pasarlo mal.
Rob. [Está á punto de estallar, pero se contiene.] Hablemos de Alma... ¿El te ha ofrecido una reparación?
Viej. Naturalmente; la más completa.
Rob. (Vacilando, como si temiera decir una necesidad.) Acaso... ¿el matrimonio?
Viej. ¿Qué matrimonio?
Rob. Entre su hijo... y...
Viej. Pero tú estás loco.

- Rob.* (Con ansiedad.) Entonces, ¿cuál otra?
Viej. [Como bromeando, al oído de Roberto.] Cuarenta mil marcos completos. (Alto.) ¡Qué generoso! ¿eh?
Rob. (Lanzando un grito.) ¡Dinero!
Hein. [Con espanto.] ¡Jesús! Ya me lo imaginaba!
Rob. ¿Dinero?
Viej. Ya lo creo... y está aquí, como si fuera cantante y sonante.
Rob. ¿Cómo! ¿Y tú has aceptado?
Viej. (Maravillado.) ¿Pues cómo no?
Rob. ¿El te ha ofrecido dinero, y tú has aceptado? (Fuera de sí se lanza sobre su padre.)
Mic. [Yendo rápido tras de Roberto.] Te aconsejo que dejes en paz a este anciano.
Rob. [Sin atender á Micalski, retrocede vacilante.] Madre mía, ¿conque han aceptado ustedes?
Hein. (Juntanda las manos.) ¡Somos gentes pobres, hijo mío! (Roberto cae sobre un banco, riendo convulsivamente. Gigia y Micalski muy solícitas junto al viejo. Alma está sentada sobre el sillón, sonriendo, con las manos juntas sobre las rodillas. La Sra. Heineke continúa aparte.) ¡Dios nos ayude! Se ha vuelto loco! [Tocando en el hombro á Roberto.] Hijo mío, acepta una buena advertencia de tu vieja madre: no se debe pisotear la fortuna, porque el orgullo muere sobre la paja.
Rob. ¿Ese no sería el peor de los males, madre mía!... Sobre la paja, sobre el empedrado de la calle quiero morir... quiero reventar como un perro... pero devuelvan ustedes ese dinero!... [Transición.] Oiganme ustedes; quiero hablarles tranquilamente, perfectamente tranquilo, en calma, razonable. Quiero probarles con claridad que deben hacer lo que yo digo. Aquéllos nos han deshonra-

do.....es cierto... pero nosotros no teníamos la culpa; á nadie debíamos temer. Le pueden robar á uno el honor, como se roba la cartera; contra eso no hay defensa. Pero si recibimos dinero en pago de ese poco honor que decíamos tener, entonces eso significa que nunca habíamos tenido tal honor y que sólo nos dan lo que merecemos. (*El viejo se vuelve hacia Micalski, quien con el dedo sobre la frente indica que Roberto está loco.*) ¡Dios mío! Si yo lo comprendo todo: No es que quiera precisamente hacerles á ustedes reproches, no. Son pobres... siempre lo han sido. Una vida esclava y miserable, el temor de no poder procurarse el sustento arruinan el juicio y la dignidad...y ahora se dejan ustedes deslumbrar por un puñado de oro! Pero créanme: no experimentarán ninguna felicidad, ni les quedará otra cosa que la nausea y el disgusto. (*Como sofocado.*) Ah! la nausea...la nausea me sofoca. (*Cae sobre la silla*)

Hein. Me hace ponerseme carne de gallina.

Viej. ¡Y es éste mi hijo! (*Volviéndose á los otros.*)

Rob. No crean ustedes que quiero perjudicarles. Oiganme: yo he aprendido algo, ¿no es verdad? Estoy robusto; no soy un sér debilitado. Pueden fiar á [mí tranquilamente los años que les queden de vida. Si yo no quiero más que trabajar para ustedes, hacerlos ricos.... sí, ricos ..Hagan de mí lo que quieran; seré su esclavo; su bestia de carga.... pero devuelvan ese dinero!

Viej. Todo eso estará muy bueno; pero vale más una gallina hoy, que... ¿eh?... eso es. Me parece...

Mic. Dice bien el padre.

Viej. Claro que digo bien. Conque, hijo mío, tú to quedas muy tranquilo con tu huevo... y yo con mi gallina; y voy cuanto antes á convertirla en dinero.

Mic. ¡Bravo!

Rob. ¡Y tú, madre? (*Vuelve el rostro á otro lado.*) ¡También tú! Dios mío, ¿qué más puedo intentar?... Alma, se trata de tí; quiero pedirte perdón por todo; pero ayúdame. (*La toma de la mano; ella resiste, y él le trae á su pesar al medio de la escena.*) Tú te has dado. Pues bien, sea, admitamos que puedas tener derecho para darte; pero no lo tienes para venderte; tu amor no está disponible para llevarle al mercado! Alma, dícelos tú á ellos!

Alma ¡Oh! déjame en paz!

Mic. Le va á romper los brazos á la pobrecita.

Alma ¡Oh, tú no tienes derecho para mandarme. (*Desprendiéndose.*)

Rob. ¡Hermanal....

Alma Y para que lo sepas: iré al baile de máscaras; pregúntaselo á mi madre.

Rob. ¡¡Madre!!

Hein. Pero ¿por qué la pobre no había de gozar ese pequeño placer?

Rob. ¿Conque hemos llegado á ese punto?

Mic. [*Sentándose en el sillón*]. Eso es: hasta ese punto!

Rob. ¡Ah! bellaco, encubridor, levántate! [*Micalski no se mueve. Roberto coge con violencia el sillón por el respaldo.*] ¡Pronto, digo, y fuera.... fuera de aquí los dos!...

Mic. Alto allá; no aguanto molestia de nadie. (*Amenazador.*)

Rob. (*Que tiene firme la silla*) ¡Ay de tí, si te me atreves!

- Hein. (*Interponiéndose.*) Acabarás por romperme el sillón.
- Rob. ¡Ah, ya! Viene de la casa Mülling...
- Hein. Naturalmente.
- Rob. Del apreciable Carlos, ¿no es cirrto?
- Hein. Sí, sí,
- Rob. (*Ferozmente.*) Pues ahí la tienes! (*La arroja furioso conrra el suelo. La silla se hace pedazos.*)
- Hein. (*Llorando.*) ¡Mi precioso sillón!... [*Recoge los pedazos y los lleva á la derecha. Luego cae sobre el banco.*)]
- Viej. ¡Oh! La cosa se va poniendo pesada (*Yendo á la derecha.*)
- Rob. (*Cerrándole el paso.*) ¡Devolveaás el dinero de la infamia, sí, ó no?
- Viej. Eso ni síquiera me pasa por la imaginación.
- Rob. En eso caso he terminado contigo; y contigo también, madre. Si vine, pues, al mundo, recibiendo desde al nacer la marca de la vileza, bien está. Pero si era preciso que yo llegara á esto, ¿por qué no me dejaron siempre en el fango en que nací y en el cual he de revolcarme toda la vida, porque mi cara familia así lo quiere?
- Gigia. ¿Lo oyes madre? Y éste fué siempre tu preferido...
- Rob. No, madre mía! No me escuches! [*Acercándose á ella de rodillas.*] No he dicho nada! Si dije algo, es que estaba loco. Madre, ten piedad de mí, podemos salvarnos los dos. Ven conmigo! [*Ella no lo atiende, y él en un arranque de furor, se vuelve hacia la pared.*]
- Hein. (*Llorando.*) Pero tú, con tu ciego furor quieres también romperme el espejo...
- Rob. (*Con dolor.*) ¡Ay, hablamos dos idiomas distintos, y no podemos entendernos!

- Mic. (*Que ha hablado aparte con el viejo, coge con fuerza á Roberto por los hombros.*) Eh! ya has hecho mucho rato el bravucón. Basta ya. Fuera!
- Rob. [*Repeliéndolo.*] ¡Atrás! [*Ve á su padre y á su hermana que le rodean; lanza un grito de cólera y prorrumpe en una carcajada convulsiva.*] Ah! entiendo: se me arroja de aquí...
- Mic. (*Abriendo de par en par la puerta izquierda.*) ¡Fuera!

ESCENA IX.

DICHOS. el CONDE TRAST.

- Conde (*Al abrirse la puerta, aparece en el umbral y toca ligeramente en la espalda á Micalski.*) Muchas gracias por la amable acogida.
- Rob. (*Al verte arroja un grito, y yendo á su encuentro, con los brazos estendidos le impide la entrada.*) ¿Qué buscas aquí? Esta es una cloaca... ¿sabes tú lo que somos nosotros? ..Estamos de venta.. Somos para el que ofrezca más. ¡Ah! No me veas... no me veas, por favor... (*Oculto, sollozando, el rostro entre las manos. Alma al ver al Conde se retira avergonzada. Gigia y Micalski á quienes el Conde mira fijamente, se van poco á poco tras de aquella á la cocina.*)
- Conde. Vamos, ten ánimo. ¿Que ha sucedido?
- Viej. (*Con el gorro en la mano.*) Se ha conducido inconveniente mente, señor conde. Primero quería llevarnos hasta la India; después se empeñaba en que no se aceptase el dinero... Y ahora tengo que ir á la caja.. Cuarenta mil marcos cabales, señor conde. Ofrezco á usía mis respetos. (*Saluda y se va, izquierda.*)

Conde Ah! comprendo. [*Toca en el hombro á Roberto.*] Habrá estado aquí el señor Mülling ..

Rob. Dios te lo pague. Necesitaba oír este nombre!

Conde ¿Qué intentas hacer?

Rob. ¿Me piden las cuentas? Las tendrán. (*Corre al fondo, abre el baúl y busca febrilmente.*)

Hein. (*Llorando.*) Doy gracias á Dios, de que él no se haya casado. [*Señala á Roberto.*] Ah, señor conde, hay hijos muy ingratos!

Conde (*Para sí.*) ¡Estupidez, hablas como una madre! [*Corrigiéndose.*] Avergüénzate, Trast, tú no debes decir eso.

Hein. ¿No tengo razón?

Conde (*Tomándole la mano.*) Las madres siempre tienen razón. Aman y sufren demasiado, para que pudiera ser de otra manera.

Hein. (*Cortada.*) Pero el señor conde da la mano á una pobre mujer como yo?...

Conde He ofendido á las madres, y debo excusarme ante ellas. ¡Oh si pudiera hacerlo para con la mía! Verdaderamente, hay hijos mucho más malos que éste, ¿sabe usted, mi querida señora? [*Roberto ha sacado del baúl una gran cartera, la ha hojeado y puesto á su lado; después saca un revólver y lo examina. El conde lo ve y dice aparte.*] Ah! el revólver. Si querrá hacer cuentas por ese sistema ..

Rob. (*Nota que es observado; oculta el arma en el bolsillo del pecho, toma su sombrero y avanza con la cartera bajo el brazo.*) Estoy dispuesto.

Conde Yo te acompaño.

Rob. ¿Tú?

Conde ¿No tengo derecho para ello?

Rob. [*Vacilando.*] Ciertamente... vamos

Hein. [*Con ternura, llorando.*] ¡Roberto!

Rob. (*Tratando de dominar su agitación.*) Vendré todavía á decirte adios, madre mía. Ahora tengo que hacer una cosa muy necesaria. (*Se dirige á la puerta.*)

Hein. (*Al conde, alzando las manos con desesperación.*) ¡El señor Carlos y él!... Seguramente sucederá una desgracia!

Conde [*Tranquilizándola, bajo.*] ¡Silencio! (*alto.*) Y bien, ¿vamos? (*Hace seña á Roberto de que salude á su madre.*)

Rob. [*Va muy agitado hacia ella.*] Y si acaso... no volvemos á vernos... (*El Conde le tira de la ropa. Roberto se domina y dice á su amigo:*) Sí, sí, esta bien; vamos allá. [*La señora Heineke cae llorando, sobre una silla, mientras ellos salen. Caen el telón.*]

FIN DEL ACTO TERCERO.